

Ernout–Meilletiana

Xaverio Ballester¹

Recibido: 17/7/2019 / Aceptado: 2/12/2019

Resumen. Si bien el *Dictionnaire étymologique de la langue latine. Histoire des mots* de Alfred Ernout y Antoine Meillet sigue hoy en día constituyendo una obra de imprescindible consulta y referencia dentro de la Lexicografía de la lengua latina, los nuevos marcos teóricos postulados por la Lingüística moderna y los significativos avances obtenidos en el conocimiento de determinados aspectos de la lengua latina o de lenguas que estuvieron en contacto con el latín, permiten ahora responder a cuestiones o interrogantes que quedaron planteadas en la obra de los lingüistas franceses y en algún caso revisar alguna de sus propuestas.

Palabras clave: latín; léxico; semántica; diccionario.

Ernout–Meilletiana

Abstract: *The Dictionnaire étymologique de la langue latine. Histoire des mots* by Alfred Ernout and Antoine Meillet is still an essential reference work within the lexicography of the Latin language. However, the new theoretical outlines postulated within the framework of modern Linguistics and the significant progress in our knowledge of certain aspects of the Latin language, or of the languages that were in contact with Latin, now permit us to answer questions that were raised in the work of the French linguists and in some cases review some of their proposals

Keywords: Latin; Lexicology; Semantics; dictionary.

Sumario. 1. De *clocca* a *cólocol*. 2. Un pescado para el *gourmet* Ausonio. 3. Un muy leviano compuesto. 4. ¿Indoeuropeos sin [dos dedos de] frente? 5. Donde tú ‘arrendajo’, yo ‘urraa’. 6. En principio era el verbo (en imperativo). 7. Jugos y juegos. 8. Mundo y lirundo. 9. *Secus* y *sexus*: pez y alquitrán. 10. Y despedida al trote. Referencias bibliográficas

Cómo citar: Ballester, X. Ernout–Meilletiana, en *Cuad. Filol. Clás. Estud. Lat.* 39 (2) (2019), 195-207.

Las páginas del venerable *Dictionnaire étymologique de la langue latine. Histoire des mots*, popularmente conocido como *el Ernout y Meillet*, constituyen todavía hoy un tesoro de datos sabiamente tratados dentro un fructífero diálogo entre aquellos dos enormes talentos filológicos: el latinista ERNOUT Alfred y el indoeuropeísta MEILLET Antoine, a los que se sumó en sucesivas ediciones un tercer gran talento a veces injustamente olvidado: Jacques ANDRÉ. Es opinión generalizada que este diccionario etimológico, por su rigor, documentación y muchos otros aspectos positivos, representa en verdad un modelo ideal para similares empresas en otras lenguas, lo que

¹ Universitat de València. xaverio.ballester@uv.es

obviamente no comporta que no sea siempre revisable o eventualmente mejorable. Los propios autores fueron realizando sucesivas «additions et corrections» al texto originario y seguramente, de vivir hoy, habrían seguido haciéndolas, pues la verdadera actividad científica—y también, por lo tanto, la filológica—es un proceso, en cierto modo, continuamente *in fieri*. En ese sentido no son tantos los autores dispuestos a revisarse y corregirse, ni tantas las obras que hayan conocido cambios substantivos, como—por citar un ejemplo señero—*L'accento latino* de BERNARDI PERINI y que en su última edición (2010) deviene un libro casi totalmente distinto de aquel de su primera edición (1967).

Por otra parte, mientras que son bastante pocos los datos nuevos sobre la lengua latina, pues pocos los textos nuevos que se han sumado a este acervo lingüístico desde la última edición del *Dictionnaire*, sí ha habido significativos avances en el conocimiento de otras lenguas, sobre todo indoeuropeas, que han podido—si bien a menudo muy indirectamente—aportar nuevos datos, pero son sobre todo ciertos aspectos, ciertas mejoras, digamos, teóricas o metodológicas las que en la actualidad, creemos modestamente, sí podrían hacernos afrontar hoy con mayor seguridad algunas cuestiones problemáticas que o bien quedaron simplemente planteadas en la *Histoire des mots* o bien incluso ni siquiera fueron planteadas. Avances, pues, que ciertamente no podían ser conocidos en la época de confección del diccionario, como la relevancia concedida actualmente a la motivación en el proceso denominativo o la importancia de los dialectos en la reconstrucción de un *continuum* lingüístico. Igualmente, en el dilema de elegir entre la homonimia y la polisemia, aún sin caer en los excesos de POKORNY (1959), los autores franceses mantuvieron una posición ecléctica y a menudo equidistante, cuando hoy sabemos que la polisemia es un fenómeno mucho más frecuente que la excepcional homonimia, la cual si incorrectamente presupuesta, comporta una drástica reducción de la cronología de la evolución semántica. Disponemos asimismo actualmente de la ayuda de la Tipología lingüística—la comparación con fenómenos análogos en el mayor número de lenguas—como potencial fuente de datos y apoyo para defender diferentes hipótesis o lo contrario. De estos y otros previsiblemente mejorables o enmendables aspectos podrían dar testimonio, creemos, las siguientes voces.

1. De *clocca* a *cólocol*

Para la muy tardía voz *cloc[ç]a* ‘campana’ nuestros autores suponen un «Origine incertaine» (Ernout & Meillet 1979, 128 *s. u.*), pero no vemos objeciones a considerar que la forma tiene, en última instancia al menos, el origen más natural posible: una onomatopeya indirecta, un índice o relación metonímica a partir del sonido que produce el referente, tal como podría esperarse de una entidad tan extraordinariamente sonora. Cuestión otra es dónde o en qué lengua se generó la onomatopeya. La campana, se acepta, surgió en la Edad de Bronce—material históricamente preferente para su fabricación—por lo que no cabe indagar ninguna raíz común indoeuropea. Naturalmente, una cultura europea tan cercana al territorio lingüístico del latín y tan destacable en la producción metalúrgica como la céltica podría presentarse como una buena candidatura y, en efecto, la densidad y pervivencia del término en las lenguas célticas (galés *cloch*, antiguo irlandés *cloc*, irlandés *clog*...) o de robusto substrato céltico (francés *cloche*, piemontés *cioca*, provenzal *cloca*...) apunta a su origen en

este ámbito o al menos a un papel muy relevante en la difusión del término, ámbito desde el cual podría haberse propagado al latín y a las vecinas lenguas germánicas (alemán *Glocke*, danés y noruego *klokke*, holandes *klok*, inglés *clock*, sueco *klocka*...) y desde estas a otras lenguas en contacto (posiblemente estonio *kellaga*). Con el genérico nombre de *cólocol* (en ruso *колокол* literalmente ‘campana’) era también conocida la campana más grande del mundo o ‘campana del zar’, de más de 6 metros de alzada, fabricada en el s. XVIII. Los hablantes rusos habrían recogido este típico término viajero verosímelmente desde una lengua germánica. La adecuación de la forma al significado habría sin duda contribuido al éxito de aquella raíz /klok-/. De hecho en muchas lenguas encontraríamos onomatopeyas para esta voz o al menos sonoras voces expresivas, como las formas eslávicas de bielorruso *звон*, búlgaro *звънец* (diminutivo), checo *zvonek* (diminutivo), eslovaco *zvon*, esloveno *zvonec* (diminutivo), polaco *dzwon*, serbio *звон*, ucraniano *дзвін*... o la probable copia letonia *zvans*, voces que, en efecto, podrían asimismo en última instancia remitir a una onomatopeya (**ǵduan*-?). Fuera ya del marco indoeuropeo y con las debidas precauciones podríamos asignar un origen onomatopéyico o al menos expresivo probablemente a las voces para ‘campana’ del azerbaiyano *zəng*, chino *zhōng*, hausa *kararrawa*, húngaro *harang*, javanés y malayo *lonceng*, mongol *хонх*, rumano *clopot*, somalio *dawan*, suajilio *kengele*, turco *çan*, uzbeko *qo'ng'iroq*, vietnamita *chuông* o zulú *insimbi*. Nótese que similar pauta parece seguir el nombre de la campanilla, cascabel o similares; baste al respecto aducir su regular denominación en latín: *tintinnabulum*, con obvia base onomatopéyica (cfr. *tinnire* ‘tintinear – [re]sonar’). En suma, como etimología no puede excluirse un origen onomatopéyico, tal como avala el material tipológico disponible, origen que, nos parece, constituiría, en suma, una posibilidad primaria y... campanuda.

2. Un pescado para el *gourmet* Ausonio

Bajo **corroco?** (*sic*) los etimólogos franceses apuntan «Forme et sens incertains. Cf. *corrococo* ‘petite dorade blanche’ à Hossegor (Landes)?» (1979, 144). El término aparece en una de las epístolas que Ausonio dirige a su paisano Teón: *referuntur ab unda/ corroco, letalis trygon mollesque platessæ* (vv. 59–60 Pastorino 1971, iv; White 1985, xiv...) con las esperables múltiples variantes para un término foráneo: *corrhocho*, *corrocho*, *corrogo*, *corroq* (*u. g.* Prete 1978, 255). El texto continúa enumerando algunos peces de la zona mejor o peor identificables. Obviamente es difícil evitar la sospecha de que *cōrrōcō* represente el nombre local de un pescado y en ese sentido la candidatura céltica y específicamente gálica es la mejor, como se dice ahora, *posicionada*. El término, sin embargo, no aparece recogido en el *Dictionnaire* de DELAMARRE, pero sí lo que parecen ser los dos miembros del–por tratarse de un tetrasílabo–posible compuesto del aludido ictiónimo moderno *corrococo*, a saber: *cor[r]* o ‘[e]nano – pequeño’ (Delamarre 2003, 126 s. *corro-*, *coro-*), muy frecuente como primer miembro del compuesto, y *coc[co]* ‘escarlata – rojo’ (Delamarre 2003, 120–1 s. *cocos*, *cocos*). Aunque morfológicamente y siempre en clave céltica existirían ciertamente otras posibilidades interpretativas, lo expuesto nos daría sin mayor complicación un significado etimológico de ‘pequeño–rojo’ desde el gálico para aquel *corrococo* de las Landas, compatible con el actual ‘petite dorade blanche’, habida cuenta de la labilidad cromática observable en la denominación de tantos peces y

máxime cuando, como es nuestro caso, media una significativa distancia temporal o local. Otrosí la motivación resulta bien cónsona en principio con una denominación para pez, ya que la motivación cromática (*cfr.* latín *aurata* ‘dorada’) se da con mucha frecuencia en ictionimia así como también la referencia al tamaño, como verbigracia en el «Catalogo d’ els peixos qu’ es crien, e peixquen en lo Mar de Valencia», pues en valenciano tenemos, entre otras, las formas diminutivas *agullet*, *bacoreta*, *cabet*, *castanyola*, *gallineta*, *gatet*, *jarret*, *juliola*, *moixonet*, *mongeta*, *sardineta*, *serranet* o *serviola* (Orellana 1802 *s. uu.*). Tampoco, por cierto, faltan en este mismo elenco evidentes referencias cromáticas, como *orada* o *verderol* (Orellana 1802 *s. uu.*). Por citar un último ejemplo que aúna ambas referencias y el dato de que, como en el caso de *corroco*, a menudo los hablantes copian los ictiónimos de otras lenguas, notemos que nuestro *chanquete* no sería en última instancia más que aquellos ‘blanquillos’ (*gianchetti*) propios de las hablas de los lígures. Además ha de tenerse en cuenta que, si la lección es correcta, el nominativo *corroco* debe de representar un tema en nasal, es decir: con un genitivo latino **corroconis*. A partir de aquí entraríamos en las previsible propuestas directamente especulativas. Todo lo dicho auspicia la posibilidad—al menos eso—de contemplar la hipótesis de que el *corroco* ausoniano pueda contener el citado segmento *corro*—o forma similar, nombre local y gálico de un pescado con el significado antes descrito y que el autor de Burdeos, tan aficionado al buen yantar, conocería en razón de su geografía vital.

La identificación del pez es, por otra parte, compleja: «The nature of this fish is doubtful» señala, por ejemplo, WHITE (1985, 48 n3), quien *ibidem* recuerda que algunos lo han relacionado con «the Spanish *corrujo*» (*sic*, en vez de *corujo* o en gallego *coruxo*). Lo mismo señala PASTORINO (1971 IV, 684 n27) y tantos otros comentadores. En todo caso, el marco céltico y específicamente gálico seguiría ofreciendo el mejor posible soporte etimológico.

3. Un muy leviano compuesto

«Dans le composé archaïque et poétique *foedi-fragus*, le thème **bhoido*—survit peut-être» dicen nuestros autores (Ernout & Meillet 1979, 243 *s. foedus*), quienes *alibi* se expresan de bien similar manera: «*foedi*—(archaïque et poétique)» (Ernout & Meillet 1979, 251 *s. frangō*). Sin embargo, es bien posible que la voz, no especialmente arcaica y sí especialmente poética, constituya en realidad una forma artificial. El primer testimonio conocido del término es el de Levio, poeta *preneotérico* del que por lo demás muy poco se sabe. Sus usos lingüísticos denotan o una excesiva afición a la lengua griega para un romano o el uso no nativo de la lengua latina por... un griego. La forma (*uide* Blänsdorf 1995, 142 *fragm.* 12) aparece recogida por Gelio (19,7,5: *qui foedera frangerent foedifragos non foederifragos dixit*) entre otras numerosas excentricidades lingüísticas, como, por citar solo una formación verdaderamente contralatina, decir *oblittera* en vez de *oblitterata* (Gell. 19,7,4: *oblitteram gentem pro oblitterata dixit*). Es bien cierto que el chocante compuesto reaparecerá en el sin duda latinolocuente nativo Cicerón (*off.* 1,12,38: *Pæni foedifragi*), pero sabemos de los gustos algo *anticuados* del arpinate en materia poética y es probable que aquí siguiera directa o indirectamente a Levio, como lo haría igualmente el propio Gelio, quien en los aspectos lingüísticos era, como Cicerón, también un *laudator temporis acti*. De hecho en su edición oxoniense WINTERBOTTOM (1994, 16) entre-

comilla la secuencia: ‘*Pœni fœdifragi*’ como suponiendo que se trata de una cita de otro autor. La forma reaparecerá, siguiendo seguramente la influyente estela ciceroniana, en Marciano (9,912) y Sidonio (*epist.*6,6,1). En todo caso, dejando ahora al lado las inclinaciones poéticamente arcaizantes de Cicerón y Gelio y, vista la clara responsabilidad leviana en la llamativa formación aludida, será prudente dejar, cuando menos, en cuarentena la supervivencia natural–ya admitida como dudosa por los propios autores–de «le thème *bhoido–».

4. ¿Indoeuropeos sin [dos dedos de] frente?

Bajo el lema de **frōns** categóricamente señalan los filólogos franceses (Ernout & Meillet 1979, 255): «Il n’y a pas de nom indo-européen du front», aserto que lógicamente debe entenderse en el sentido de que, aunque en la fase común indoeuropea los hablantes dispusieran–como era de esperar–de frente y de un término para la ‘frente’, este no ha podido ser fehacientemente reconstruido. Las partes del cuerpo o, si nos permite, *somatónimos* constituyen desde el punto de vista léxico–semántico un contingente muy especial, entre otras razones: 1) por su capacidad para generar desplazamientos semánticos, 2) por su tendencia a conservarse y, en algunos casos, paradójicamente 3) por la tendencia a renovarse o por acción del tabú lingüístico–para los referentes considerados más vulnerables–o por buscar una mayor expresividad. Aplicando solo por ahora la primera de las características señaladas, es bien posible que la palabra indoeuropea para ‘frente’ haya que buscarla en formas de sentido afín pero mucho más abstracto por efecto de la metáfora o bien en referentes contiguos por efecto de la metonimia. En otro trabajo, por ejemplo, hemos recogido los numerosos usos de los somatónimos en las lenguas de nuestro entorno para convertirse en términos de referencia toponímica ¡cuerpo a tierra!: *boca, brazal, cabezo, ceja, frontera, loma, muela, ojo...* etc. El paso de somatónimos a topónimos u otros nombres descriptores de los accidentes del terreno es probablemente universal. El suajilio incluye en una misma clase nominal las palabras referentes a las partes del cuerpo y a los accidentes del paisaje, además de las referentes a plantas (Majewicz 1989, 196), voces que, en efecto, muchas veces contienen también somatónimos (*cfr.* nuestros *boca de dragón, diente de león, oreja de burro...*). En todo caso, lo improbable es que una palabra con un referente tan capital–o, más exactamente, tan *frontal*–no haya dejado buenas huellas en las lenguas indoeuropeas, dada la señalada capacidad de los somatónimos para la deriva semántica.

Pues bien, en ese sentido el candidato mejor situado sería muy probablemente la antigua raíz indoeuropea **hanta-* y que aparece con el significado general de ‘[del] ante – antes’ en la mayoría de las lenguas indoeuropeas: armenio *and*, griego *ἀντί*, gótico *and* ‘sobre’, latín *ante*, lituano *añt* ‘sobre’, osco *ant*, sánscrito *ánti...* raíz que debía de tener originalmente un valor mucho más físico y concreto: el conservado en hitita *hant* ‘frente – cabeza’ y reconocible también en derivados como *hantezzis* ‘[el] primero’ o el nombre de la divinidad protectora de la cabeza *Hantuššaš*. Característicamente los hititas, en efecto, tenían genios o divinidades para diferentes partes del cuerpo cuya formación consistía en añadir el sufijo *-ašša-* al somatónimo correspondiente, así *Ištamanaššaš* sobre *ištamana-* ‘oreja’, *Kinuwaššaš* sobre *genu-* o *ginu-* ‘rodilla’, *Kiššaraššaš* sobre *kiššara-* o *kiššera-* ‘mano’, *Šakuwaššaš* sobre *šakuwa* ‘ojos’ (*uide* Danka 1986, 327). Es decir: el término indoeuropeo para

‘frente’, *pace* nuestros etimólogos franceses, se habría conservado en el latín *ante* y derivados: *antenātus*, *antēs* (plural), *antequam*, *antīquus*... con obvio desplazamiento vía metafórica. Así y siguiendo una pauta con paralelos en muchas lenguas (*cf.*: nuestros *enfrente* o *frente a*, inglés *in front of*... etc.), el sentido originario de ‘frente’ habría dado por metáfora el de ‘[del]ante’. Todavía y esta vez por vía metonímica tendríamos muy probablemente la raíz conservada en las tan romanas *antiae* (plural) ‘flequillo [rizado]’.

5. Donde tú ‘arrendajo’, yo ‘urraca’

Bajo el lema «*gāius*, –ī m.: geai; *gāia*, –ae f.: pie» se preguntan ERNOUT y MEILLET (1979, 265) «si c’était le nom du geai qui avait été employé comme surnom, ou si c’était le contraire (la même question s’est posé pour le nom du brochet, *lūcius*, et pour *Gracch[us]*); ou en fin si les deux mots, le nom commun et le nom propre, étaient indépendents» e incluso en este caso concreto de *gāius* los galos recogen además la posibilidad de ver ahí una onomatopeya. Teoréticamente y en la mayoría de las ocasiones en las lenguas las cuatro opciones mencionadas no resultan excluyentes: 1) los zoónimos pueden generar antropónimos, 2) también los antropónimos pueden generar zoónimos, 3) aunque muy raramente, también podemos tener antropónimos y zoónimos de origen independiente que casualmente resulten homónimos y 4) muchos zoónimos, sobre todo ornitónimos, pueden proceder de onomatopeyas imitando el sonido que emiten los animales, como notoriamente nuestro *cuco* o el latín *cucūlus*. Sin embargo, categóricamente y ya en pleno s. XXI podemos afirmar que en el caso de *gāius* y análogos casos se trata de la segunda opción: una transferencia del nombre de la persona al animal por razones tabuísticas. Como será sabido, Mario ALINEI ha dedicado muchos estudios a fundamentar esta opinión recogiendo una vasta casuística con numerosos y elocuentes paralelos—aquí bastará quizá citar su epígrafe “Animali come parenti in Europa” (1996, 679–87; *item* 1997)—exponiendo los motivos por los cuales incluso en época histórica y—podría decirse—hasta hoy mismo muchos pueblos emplean nombres substitutivos para los animales, a menudo bajo la modalidad de nombres de personas, como nuestra *mariquita*, el ruso *miška* ‘Miguelín’ para el oso o el francés *renard* para el ‘zorro’. Solo para la mariquita y en las hablas y lenguas europeas recoge ALINEI (1996, 702) los nombres correspondientes a nuestros *Ana*, *Andrés*, *Antonio*, *Apolonia*, *Brígida*, *Catalina*, *Elena*, *Fátima*, *Gertrudis*, *Isabel*, *Isidro*, *Lucía*, *Luisa*, *Magdalena*, *Margarita*, *Martín*, *Paulina*, *Pedro* y *Teodora*, además de nuestro diminutivo de *María*. Más directamente ilustrativa es la segura competencia de la propia voz *gāia* ‘urraca’ (*cf.* italiano *gazza* ‘urraca’) con la denominación usual para esta ave en latín: *pīca*; o también nuestra propia *urraca*, nombre de mujer sin duda empleado como ornitónimo y no *uice uersa*, o para esta misma ave el francés *commère Margot* (Alinei 1996, 686). Y, por cierto, que en algunos casos, como en el de *margot* para la urraca en francés, hay buenos indicios de que la motivación de la denominación podría remontar a época paleolítica (*uide* Le Quellec 2019). Las tres características antes señaladas para los somatónimos son, *mutatis mutandis*, igualmente aplicables al contingente de los zoónimos. Baste al respecto y por seguir con el ejemplo de la urraca remitir a MATA (2007) para los diversos sentidos generados desde la voz latina *pica* para esta ave y también tener en cuenta los no pocos antropónimos latinos con base en zoónimos, cuyos 10 primeros

y en orden de frecuencia serían según el mismo MATA (2012, 281) *Leo, Aper, Lupus, Vrsus, Vrsa, Taurus, Aquila, Vrsinus, Vrsulus y Vrsio*.

No puede, pues, dudarse de que los muy comunes antropónimos *Gāius* y *Gāia* fueron empleados como zoónimos para el arrendajo y la urraca respectivamente. O semánticamente y en términos nupciales: “donde tú Gayo > arrendajo, yo Gaya > urraca”...

6. En principio era el verbo (en imperativo)

La voz *īlicet* es explicada en el *étymologique* como *īre licet* añadiéndose «Du même type sont *scīlicet, uidēlicet*» (Ernout & Meillet 1979, 309 s. *īlicet*). En efecto, bajo las respectivas voces encontramos «L'étymologie *scīre licet*» (Ernout & Meillet 1979, 602 s. *scīlicet*) o «comme s'il y avait *uidēre licet*» (Ernout & Meillet 1979, 733 s. *uidēlicet*), pero ni la aceptada escasa antigüedad de la marca *-se* del infinitivo presente activo en latín, pues se la tiene por una innovación sobre todo por carecer de paralelos en sede indoeuropea, ni el hecho de que las tres formaciones vengán a presentar una síncopa casualmente coincidente en su resultado con un imperativo, ni tampoco la morfología composicional, como ahora veremos, apoyan la hipótesis de los doctos galos. En realidad en composiciones de este tipo la forma verbal esperable es el *ancestral* imperativo, en tantísimas lenguas el tema verbal *puro*—esto es: sin aditamentos ni marcas, tal como sucede con el vocativo para el nombre, singular y universal circunstancia que desde el punto de vista glotogónico ya es extraordinariamente significativa. Así pues, *īlicet, scīlicet, uidēlicet* no deben ser más que lo que transparentemente aparentan ser: los respectivos imperativos *ī* de *īre* ‘ir’, *scī* de *scīre* ‘saber’ y *uidē* ‘ve’ más *licet*. Contra el espejismo, por razones fonomorfológicas justificable, de que el presente de indicativo sea el tiempo y modo verbal que entre preferentemente en la composición nominal (*ras-cacielos, rompecabezas, sacacorchos, tocapelotas...*), la comparación tipológica (alemán *Habe*—*recht*, griego *Ἀγέλαος*, italiano *rendi*—*conto*, ruso *Vladi*—*vostók*, sánscrito *sthā*—*raśmā*) y el recurso al desempate (*correveidile, hazmerreir, tentempié...*) deja en evidencia, al menos ya desde época de BONFANTE (1986, 194–5), que es, *pace* ERNOUT A. y A. MEILLET, *universalmente* el ancestral imperativo y no el presente de indicativo ni el infinitivo la forma escogida como base verbal en estos casos.

7. Jugos y juegos

Como era de esperar, separan los autores franceses los idénticos—neutros y con rotacismo (genitivo *iūris*)—*iūs* ‘derecho – fórmula religiosa de carácter legal’ (Ernout & Meillet 1979, 329–30) y ‘jugo – zumo – caldo’ (Ernout & Meillet 1979, 330). La *homonimia* es tan fuerte que ha generado uno de los más famosos juegos de palabras en latín por el más famoso jugador de palabras, Tulio Cicerón: *ivs verrinum*. En su monografía precisamente titulada “De iure uerrino” (2007a; *cf.* ítem 2007b) GARCÍA—HERNÁNDEZ ha mostrado que en el sintagma ciceroniano (*Verr.* 2,1,121: *alii, id quod saepe audistis, negabant mirandum esse ius tam nequam esse Verrinum*), junto a los juegos de palabras tradicionalmente reconocidos de “derecho de Verres”

y “caldo de verraco”, habría que entender además muy probablemente el significado intermedio de «receta culinaria o guiso típico de Verres» (2007a, 79).

Reivindicamos de nuevo la necesidad de dar una oportunidad de ver una original y antigua polisemia ante esta suerte de posibles falsos homónimos. Pues bien, metodológicamente resultan sobre todo suspectas situaciones cual la presente en la que tenemos un significado abstracto como ‘derecho’ frente a un significado bien concreto—ya BONFANTE en el apartado significativamente titulado “The General Linguistic Trend Towards Abstraction” (1986, 197–8)—y además con todas las características propias del léxico conservador: connotación rural, motivación más espontánea, más antiguo y *vital* referente alimentario...

Por otra parte, la comparación indoeuropea ofrece un mejor apoyo comparativo para la acepción bebible que para la jurídica: en sánscrito tenemos *yūh* ‘caldo de carne’ y en lituano *jūšė* con el mismo significado, lo que es perfectamente cónsono con el significado latino ‘jugo – zumo – caldo’, esto es: ‘bebida nutritiva/ alimentaria’. Aducen para la acepción jurídica nuestros autores un *comparandum* también indoeuropeo: «Vieux terme juridique et religieux dont le correspondant se retrouve en indo-iranien dans des formes fixées: véd. *yóh* ‘salut!’ et la vieille formule *cám ca yóc ca*, av. *yaož-dadāiti* “il purifie, il rend rituellement pur”» (Ernout & Meillet 1979, 330), pero sobre todo la expresión védica es perfectamente reducible al significado originario de bebida a partir de un uso translaticio de naturaleza pragmática.

Finalmente, está bien documentada tanto en latín como en otras lenguas la circunstancia de que muchos términos, digamos, *institucionales*, es decir, referidos a ceremonias, contratos o prácticas sociales, ritos, rituales... tienen su origen en simples sinécdoques, por las cuales un componente—normalmente concreto, en efecto—que participa, al menos en su origen, en tales actos o procesos de modo real—y muchas veces luego de modo simbólico—acaba dando nombre a la totalidad del evento. Así, para explicar la evidente relación de *stipulārī* ‘contratar – concertar’ con *stipula*, *-æ* ‘tallo – paj[it]a’ es menester tener presente la antigua práctica romana de partir un tallito para dejar establecido un contrato, tal como recuerda nuestro S. ISIDORO (*or.5,24,30*: *Stipulatio est promissio uel sponsio. Vnde et promissores stipulatores uocantur. Dicta autem stipulatio ab stipula. Veteres enim, quando sibi aliquid promittebant, stipulam tenentes frangebant, quam iterum iungentes sponsiones suas agnoscebant*). Se acepta también que la raíz del verbo latino *spondēre* ‘prometer – comprometerse – desposar’ tiene cabal paralelo etimológico en el griego *σπένδω* ‘libo’ y *σπονδή* ‘libación’, ya que además de estos significados presentan también los derivados de ‘pactar’ y ‘pacto – tratado – armisticio – tregua’ respectivamente, siendo evidentemente más fácil de explicar el paso del sentido de ‘libar’ al de ‘pactar’ que viceversa. Por otra parte, la misma raíz estaría documentada en el tan frecuentemente conservador hitita para designar «l’acte de la libation sacrificielle» (Ernout & Meillet 1979, 664 s. **spondeō**). Según esto el latín *spondēre* debía de significar originariamente ‘libar’, valor empero ya no documentado en el latín histórico. De hecho, en el mundo indoeuropeo la libación se asocia a muchos rituales, tal como señala SERGENT². Más indubitable es el caso del latín *nūbere* por el que se describe el

² (1995: 367): «La libation [...] est très couramment attestée, dans toutes sortes d’actes rituels ou solennels. Son vieux nom hittite, *išpant-*, désignait en particulier la libation qui accompagne un serment, une convention: le sens a évolué vers celui de ‘garantir, s’engager à’, attesté en grec à côté du sens religieux (*spēnda*), et exclusif en latin (*spondeo*). Pour l’offrande liquide [...] un groupe de langues–indo–iranien, grec, arménien–a spécialisé

casamiento de la mujer a partir del uso del velo (*cf.* *nūbēs* ‘nube’ de la misma raíz): «*nūbere maritō* [*sic* por errata en vez de *maritō*] voudrait propement dire “prendre le voile à l’intention du mari”, et l’acte du mariage aurait été désigné para la cérémonie la plus important du rituel, celle de la prise du voile» (Ernout & Meillet 1979, 449 s. **nūbō**). Igualmente la denominación de otra práctica matrimonial, la *confarreātiō*, procedía del nombre de la torta–hecha a base de farro (latín *far*) con aceite y miel–que formaba parte del ritual.

Así las cosas, parece perfectamente legítimo plantear la posibilidad de que estamos ante dos acepciones muy diferentes de una misma voz: una, la más antigua, relacionada con algún tipo de pócima o bebedizo nutritivo, el cual habría sido utilizado–nuestro eslabón perdido–en alguna práctica o ritual relacionado en su momento con un más bien elemental acto jurídico.

8. Mundo y lirundo

Dentro de las diversas disciplinas–Fonología, Morfología, Sintaxis...–que conforman la Lingüística general en la época estructuralista, época en la que se genera el diccionario de ERNOUT y MEILLET, la Semántica era, en la práctica, sin duda el *pariente pobre*, la gran *olvidada*. Curiosamente, mientras en lo sintáctico los estructuralistas criticaban la explicación taxonómica y favorecían la hermenéutica reduccionista y unitaria, en lo semántico se prefería antes la insólita homonimia que la banal polisemia, que por lo general en el *Dictionnaire* solo se admite cuando los diversos significados siguen siendo cercanos y su evolución está testimoniada dentro del latín histórico. Uno de estos casos es **mundus**, para los que se ofrecen tres lemas (Ernout & Meillet 1979, 420–1 s. *uu.*): el adjetivo *mundus*, *-a*, *-um* ‘limpio – mondo’, y los sustantivos *mundus*, *-i* (masc.) significando uno ‘aseo de la mujer – aderezo – *toilette*’ y el otro ‘mundo’. Actualmente, en cambio, forma parte del protocolo metodológico el plantearse como primera opción la restitución de una única etimología y un básico significado original para formas sincrónicamente homonímicas. Se prefiere, en suma, la banal profundidad diacrónica de la polisemia al comodín *laringaloide* de la homonimia sincrónica. En ese sentido, *a priori* la relación entre esos tres básicos significados parece, en sede teórica al menos, de explicación no arcana. Es sabido que los ámbitos rurales son, de modo general, más conservadores en lo lingüístico, como en tantas otras cosas, que los urbanos. Aunque en el latín literario la acepción ‘pensar – creer’ para *putare* era totalmente mayoritaria, el español ha mantenido únicamente el original sentido agrícola y rural del verbo en la regular evolución patrimonial de la forma: *podar*. Aunque en el latín literario la acepción ‘cortar – tajar’ para *secare* era totalmente mayoritaria, el español ha mantenido únicamente el original sentido agrícola y rural del verbo en la regular evolución patrimonial de la forma: *segar*. Hipotéticamente español *labrar* o valenciano *llaurar* podrían haber también mantenido un prístino significado del latín *labōrāre* ‘trabajar – penar’. Al respecto resulta bien significativo el reconocimiento de acepciones especiales para el adjetivo (Ernout & Meillet 1979, 420 s. **mundus**, *-a*, *-um*: «Dans la langue rustique, ils ont été employés en des acceptions spéciales»). Un sentido ‘pelado – desprovisto de piel/

des termes issus de **gheu-*, ‘verser’ [...] en indo-iranien, la racine fournit des mots pour ‘prêtre’ et pour ‘sacrifice’».

corteza’, nuestro ‘mondo [y lirondo]’ en definitiva, parece poder dar cuenta cómodamente del sentido derivado de ‘preparado – dispuesto’, pues el campo semántico de la alimentación es también una fuente usual de derivas semánticas o *metasemias*. Al respecto e ilustrativamente para los aficionados a la literatura romana bastará citar términos como *satura*, una suerte de plato homologable a nuestras actuales ensalada o, aun mejor, macedonia. Para el sentido *femenino* del substantivo–*mundum quoque muliebrem* dice Gelio (4,1,3) y *mundus muliebris est, quo mulier mundior fit*, se explica en el Digesto (34,2,25,10)–consideran los etimólogos franceses la posibilidad de que «le mot ait désigné à l’origine ‘un coffre’, une cassette” [...] et spécialement le coffre de la mariée» (1979, 420 s. **mundus**, –ī), es decir, una suerte de neceser donde la mujer llevara todo lo requerido para el maquillaje u otras actividades de embellecimiento o cuidado. La explicación más sencilla y probable es que este *mundus* sea el adjetivo substantivado por el común procedimiento de la elipsis del substantivo determinado, significando posiblemente ‘estuche – cofre – neceser’ y con el único requisito de que dicho substantivo hubiese sido (paradójicamente) de género masculino. Más sencilla es aun de explicar la conexión con el tercer significado, que no debe representar otra cosa que un calco del griego κόσμος, como bien apuntan ERNOUT y MEILLET (1979, 420 s. **mundus**, –ī: «Semble bien être le même mot que *mundus* ‘parure’ [...] choisi pour désigner le ‘monde’, sans doute à l’imitation du gr. κόσμος»). En latín, en efecto, primeramente *mundus*–la /u/ del español *mundo* denota su origen cultista–«dans sa acception ordinaire n’a jamais désigné que la voûte céleste en mouvement» (Ernout & Meillet 1979, 421 s. **mundus**, –ī), pero en el latín de los cristianos, por oposición al reino de los cielos, queda como un referente totalmente terrestre o, como hoy diríamos, precisamente eso: mundano.

9. *Secus* y *sexus*: pez y alquitrán

Bajo un mismo lema aparecen registrados en el *Dictionnaire* los muy diferentes sentidos de ‘otramente’ y ‘al lado’ para *secus* (Ernout & Meillet 1979, 698–9 s. u.). Parece indudable que los antiguos, como era de esperar por otra parte, veían aquí el tan frecuente caso de polisemia, pero con una relación semántica cuya explicación les resultaba problemática: *id quod uolgens usurpat secus illum sedi, hoc est: ‘secundum illum’ et nouum et sordidum est*, señala Carisio (1,80 Keil), es decir: el valor preposicional para este gramático sería posterior (*nouum*). En efecto, como hacen notar los etimólogos franceses (Ernout & Meillet 1979, 609), mientras el adverbio *secus* ‘otramente’ es frecuente y clásico, como preposición *secus* ‘al lado de’ «apparaît, du reste rarement, chez Cato et Ennius; inconnu de la prose et de la poésie classiques, il avait subsisté dans la langue populaire, où il se manifeste à basse époque [...] ce qui justifie le jugement de Charisius». En cuanto a la etimología, la existencia de formaciones como *pedisequus* remite evidentemente a una raíz indoeuropea bien extendida, posiblemente **saku-*, que informa el latín *sequor* ‘sigo’, y así lo hace el *Dictionnaire* (Ernout & Meillet 1979, 609 s. **secus** y 616 s. **sequor**), concluyendo–algo abruptamente–que ambos valores tendrían la misma etimología: «Les deux valeurs ‘le long de’ et ‘séparément’ remontent donc à l’indo–européen [...] Il y a là des faits de sens à expliquer, sans doute par une mentalité différente de la nôtre» (Ernout & Meillet 1979, 609 s. **secus**). El problema evidentemente reside en cómo una raíz que en tantas lenguas presenta de manera suficientemente unívoca y

compacta el valor de ‘seguir’ ha podido generar un significado casi opuesto como el de ‘separadamente – otramente’. Pues bien, aunque la homonimia es un fenómeno mucho menos frecuente que la polisemia, aunque casos como el del inglés *temples* ‘templos’ y ‘sienes’, remontando vía el francés al latín *templa* y *tempora*, o como el del español *pez* ‘pescado’ y ‘alquitrán’ o también /a/ ‘ha’ y ‘a’, respectivas evoluciones del latín *pisce-* y *pice-* y de *habet* y *ad*, constituyan hechos más bien insólitos, podríamos estar aquí ante un excepcional caso similar de homonimia. Mientras que ciertamente el valor ‘según’ para *secus* se dejaría pacíficamente remontar a la misma raíz y significado que *sequor*, la raíz latina que mejor –o, a decir verdad, nada problemáticamente– informaría el valor de *secus* ‘otramente’ sería una bien distinta: la raíz presente en *secare* ‘cortar – segar’, raíz que frente a las dudas de ERNOUT y MEILLET (1979; 622 s. **sexus**), estaría también probablemente en la base de *sexus* ‘sexo’, voz que en latín conoce de hecho un doblete neutro: *secus* (cfr. Gell. 2,13,15: *uirile secus*; ítem Charis. 1,80 Keil: *secus neutri generis est nomen, unde et Sallustius uirile secus dixit*; hoc est: ‘uirilis sexus’). Por otro lado, sin duda tiene razón ERNOUT (1946, 125) al recordar a propósito de *īlicō* y *īlicet* «la tendance que présentent souvent les langues à rapprocher deux mots ou homonymes ou paronymes», lo que explicaría que ya en la Antigüedad un raro caso de homonimia (*secus* ‘según’ ≠ *secus* ‘otramente’) hubiese sido interpretado como un más banal fenómeno de polisemia (*secus* ‘según – otramente’).

10. Y despedida al trote

Para *tolūtīm* ‘al trote – corriendo – rápidamente’ los autores franceses dudan sobre una posible relación con *tollere* ‘levantar’: «Peut-être apparenté à *tollō*, le sens premier étant “en levant le pied”, et construit d’après *uolūtīm*» (Ernout & Meillet 1979, 694 s. u.) tras afirmarlo como indubitable en la columna anterior: «À *tollō* s’apparentent également *tolerō* et sans doute *tolūtīm*» (Ernout & Meillet 1979, 694 s. **tollō**). Pero a tal hipótesis podrían formularse al menos la siguientes objeciones: efectivamente la *ū* de *tolūtīm* apenas podría explicarse más que como por influencia de *uolūtīm* ‘rodando’, de la raíz de *uoluere* ‘dar vueltas’ (cfr. *uolūcris*, *uolūmen*, *uolūtā*, *uolūtāre* etc.), pero *uolūtīm* es un adverbio «rare, tardif» (Ernout & Meillet 1979, 752 s. **uoluō**), por lo que se ve mal cómo pudo influir en un adverbio «Archaïque et rare» como *tolūtīm* (Ernout & Meillet 1979, 694 s. u.). Tampoco se ve clara la motivación que habría llevado a ‘trotar’ desde un ‘levantar [el pie/ pata]’. Además el sentido antiguo de *tollere* era ‘[so]portar’ (Ernout & Meillet 1979, 694 s. **tollō**: «*Tollō* signifiait d’abord ‘porter, supporter’»), de modo que en tal caso tendríamos una formación presumiblemente arcaica con una motivación moderna. Además quizá se podría esperar más una forma con /ll/ (**tollūtīm*). Por otra parte, que podría tratarse más bien de una voz de uso popular queda sugerido por la creatividad apreciable en la serie *tolūtāris*, *tolūtārius* [*equus*] (SEN.ep. 87,10), *tolūtīlis* (por errata *totūtīlis* en el *Dictionnaire*) o el compuesto *tolūtīloquentia* en la *Gallinaria* de Nonio (com.315 Ribbeck: *O pestifera pōrtentificia trūx tolūtīloquēntia!*), que Nonio (6 Lindsay) glosa como ‘uolubilis locutio’, comentando *ibidem* a propósito del *tolūtīm* plautino (As. 706): *tolūtīm dicitur quasi ‘uolutīm’ uel ‘uolubilitēr’*. El claro sentido aludiendo al trote (PLAUT.As. 706; PLIN.8,67,166: *unde equis tolūtīm carpere incursum traditur arte* o diversos testimonios citados por Nonio 6–7 Lindsay) sugiere que,

como en tantas otras lenguas, se haya recurrido a una onomatopeya /tolu:t/ para su expresión. En efecto, en muchas lenguas es habitual el recurso a la onomatopeya o al menos a raíces con resonancias expresivas para expresar el ‘trote’: albanés *trok*, alemán *Trab*, *Trott*, checo *klus*, *poklus*, eslovaco *klus*, estonio *traav*, holandés *draf*, letón *rikši*, filipino *yagyág*, polaco *klus*, *trucht*, rumano *trap*, ruso рысь, serbocroata *kas*, sueco *trav*, turco *turis*, vascuence *trosta*... Claro que, en una época dominada por el principio de “la arbitrariedad del signo” lingüístico, es lógico que la onomatopeya no fuera precisamente la primera opción de los insignes autores franceses.

Referencias Bibliográficas

- Bernardi Perini Giorgio (2010), *L'accento latino: cenni teorici e norme pratiche*, Bologna, Pàtron.
- Alinei Mario (1996), *Origini delle lingue d'Europa. I. La Teoria della Continuità*, Bologna, Il Mulino.
- Alinei Mario (1997), «Magico–religious Motivations in European Dialects: a Contribution to Archaeolinguistics», *Dialectologia et Geolinguistica* 5, 3–30.
- Blänsdorf Jürgen (1995), *Fragmenta poetarum Latinorum*, Stuttgart–Leipzig, Teubner.
- Bonfante Giuliano (1986), *Scritti scelti di Giuliano Bonfante. I Metodologia e indoeuropeo*, R. Gendre cur., Turín, Edizioni dell’Orso.
- Danka Ignacy Ryszard (1986), «Języki anatolijskie», L. Bednarczuk red., *Języki indoeuropejskie*, Varsovia, Państwowe Wydawnictwo Naukowe, I 275–339.
- Delamarre Xavier (2003₂), *Dictionnaire de la langue gauloise. Une approche linguistique du vieux-celtique continental*, París, Éditions Errance.
- Ernout Alfred (1946), *Philologica*, París, Librairie C. Klincksieck.
- Ernout Alfred & Meillet Antoine & André Jacques (1979₄), *Dictionnaire étymologique de la langue latine. Histoire des mots*, París, Éditions Klincksieck.
- García–Hernández Benjamín (2007a), *De iure uerrino. El derecho, el aderezo culinario y el augurio de los hombres*, Madrid, Editorial Dykinson.
- García–Hernández Benjamín (2007b), «L’ambiguïté dans les Verrines: du verrat au sanglier», C. Moussy & A. Orlandini (dirr.), *L’ambiguïté en Grèce et à Rome. Approche linguistique*, París, Pups, 65–79.
- Le Quellec Jean–Loïc (2019), «Pourquoi Margot?», F. Clier–Colombani & M. Genevois edd., *Patrimoine légendaire et culture populaire: le gai savoir de Claude Gaignebet*, París, L’Harmattan, 121–133.
- Lindsay Wallace M. (1964 = [1903]), *Nonii Marcelli De Compendiosa Doctrina libros XX*, Hildesheim, Georg Olms, III voll.
- Majewicz Alfred F. (1989), *Języki świata i ich klasyfikowanie*, Varsovia, Państwowe Wydawnictwo Naukowe.
- Mata Oroval Xavier (2007), «De llatí *pīca* ‘garsa’ a català *piga*», E. Casanova & P. Terrado edd., *Studia in honorem Joan Coromines, centesimi anni post eum natum gratia, a sodalibus et discipulis oblata*, Lérida, Pagès editors, 421–428.
- Mata Oroval Xavier (2012), «Els [cog]noms llatins derivats de zoònims», E. Casanova ed., *Onomàstica mediterrània. Onomàstica d’origen zoonímic i dels intercanvis entre pobles*, Valencia, Editorial Denes, 273–282.
- Orellana Márcos Ant. (1802), *Catalogo d’els peixos qu’es crien, e peixquen en lo Mar de Valencia*, Valencia, Viuda de Martin Peris [= Librerías París–Valencia, Valencia 1979].

- Pastorino Agostino (1971), *Opere di Decimo Magno Ausonio*, Turín, Unione tipografico–editrice Torinese.
- Pokorny Julius (1959), *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch*, Berna – Múnich, Francke Verlag, II voll.
- Prete Sextus (1978), *Decimi Magni Ausonii Burdigalensis opuscula*, B.G. Teubner Verlagsgesellschaft, Leipzig.
- Ribbeck Otto (1898₃), *Comitorum Romanorum praeter Plautum et Syri quae feruntur sententias fragmenta*, Leipzig, Teubner.
- Sergent Bernard (1995), *Les Indo–Européens. Histoire, langues, mythes*, París, Éditions Payot.
- White Hugh G. Evely (1985), *Ausonius in Two Volumes. II with the Eucharisticus of Paulinus Pellæus*, Cambridge (Mass.) – Londres, Harvard University Press.
- Winterbottom Michael (1994), *M. Tulli Ciceronis de officiis*, Oxford, E Typographeo Clarendoniano.